**Trabajo y precariedad en *El viento que arrasa* de Selva Almada**

“Este sí parecía un sitio abandonado por la mano de los hombres. Paseó la vista por el paisaje de árboles achaparrados, secos y retorcidos, los pastos pinchudos que cubrían los campos.” (Almada, 2012: 41-42): este es el ambiente en que se desarrolla *El viento que arrasa* (2012), la primera novela de Selva Almada en que se narra la llegada de Pearson, un pastor evangelista, y su hija Elena al taller mecánico del Gringo Brauer y de su ayudante Tapioca. El auto del Reverendo se descompone en la ruta y la narración transcurre en ese día, cuando el mecánico arregla el auto y sus dueños lo esperan. Por su parte, el Reverendo cree haber encontrado en Tapioca “[u]n alma pura. En bruto”, tal un “nuevo Cristo” (Almada, 2012: 79) y pretende llevar al chico consigo cuando abandone el taller para proseguir su viaje.

La mayor parte de la narración tiene lugar en el taller del Gringo y el espacio contiguo, su casa. El taller, ese lugar de trabajo que viene cobrando cada vez más importancia en la literatura contemporánea de América latina, es un espacio de transformación y potencia: se trata de un sitio en que objetos o ideas devienen artefactos u otros objetos. En la narración, ese espacio, en un principio laboral, se confunde con el doméstico, configurando un espacio en que se realizan todo tipo de actividad vinculada al trabajo, pero también al descanso, al placer y la reproducción de la vida. El trabajo y la precariedad, pensada en los términos propuestos por Isabell Lorey (2016), son ejes productivos para reflexionarse sobre la narración de Almada, eso porque en “los Estados industriales occidentales del neoliberalismo” (Lorey, 2016:19) la precarización ya no es una excepción, sino que se convirtió en regla, además de encontrarse en un proceso de normalización. En la novela dicho fenómeno no enmarca solamente el ambiente de la vivienda y el taller, sino que se hace ver en todos los personajes adultos, vueltos trabajadores, bien como en sus subjetividades y modos de vida. O sea, en este artículo no se hará referencia solamente a la precarización laboral, que no deja de ultrapasar todo tipo de frontera, sino a un “gobierno de la precariedad”, puesto que la esta se impone como nueva forma de gubernamentalidad, es decir un modo específico que adoptan los individuos para autogobernarse y ser gobernados.

Al llegar a la casa-taller, más bien, cuando su madre deja a Tapioca con el Gringo, el chico encuentra compañía en los perros y juega con los autos, haciendo que la casa y el taller de Brauer, aunque precarios, se conviertan en su hogar. Ya al inicio de la novela, la descripción del paisaje de la vivienda y del taller genera una atmósfera que pone en evidencia dicha precariedad:

A unos cincuenta metros se levantaba la construcción precaria que hacía las veces de estación de servicio, taller y vivienda. Detrás del viejo surtidor de combustible había una pieza de ladrillos, sin revoque, con una puerta y una ventana. Hacia adelante, en ángulo, una especie de porche hecho con ramas y hojas de totora daba sombra a una mesa pequeña, a una pila de sillas de plástico y a la máquina de gaseosas. Un perro dormía bajo la mesa, sobre la tierra suelta y, cuando los oyó acercarse, abrió un ojo amarillo. (Almada, 2012: 11)

La “construcción precaria”, el surtidor de combustible “viejo”, la pieza “sin revoque” o el porche “hecho con ramas y hojas de totora” configuran un lugar inhóspito, marcado por la precariedad material que mezcla materias-primas recogidas o aprovechadas del entorno inmediato, como hojas de totora, a elementos aparentemente “exteriores”, dicho sea, del capitalismo y sus tecnologías, como la máquina de gaseosa o las sillas de plástico. Además, la narración se desarrolla entre autos rotos, fierros, objetos oxidados y los perros forman parte del paisaje narrativo:

Cerca de la casa, hasta casi llegando a la banquina, se amontonaba un montón de chatarra: carrocerías de autos, pedazos de maquinarias agrícolas, llantas, neumáticos apilados: un verdadero cementerio de chasis, ejes y hierros retorcidos, detenidos para siempre bajo el sol abrasador. (Almada, 2012: 12)

La chatarra desactualizada de los autos y maquinarias agrícolas, además de acumulación de lo que a primera vista podría percibirse como una colección de desperdicios, le confiere al taller un aire de inactualidad, además, los restos se mezclan al polvo que se desprende de la tierra seca, un “polvo de muertos”. Con todo, esta chatarra tiene historia y es la materia-prima sobre la que trabaja y narra el mecánico Brauer, que empezó a trabajar de chico en el negocio familiar, una fonda en la que “[s]e trabajaba 24 horas por día. Y en la época de cosecha, peor. No parábamos. Nos turnábamos para dormir.” (Almada, 2012: 135). Además, antes de establecerse en el taller, el mecánico se dedicó a actividades laborales esporádicas, por temporada: “Este sitio era de mi padre. Anduve muchos años vagando de acá para allá, trabajando en las desmotadoras, en la cosecha, en lo que viniera. Moviéndome de un lado al otro. Hará unos diez años me instalé acá definitivamente” (Almada, 2012: 33-34). Introducido al universo laboral desde la infancia, Brauer se convierte en trabajador golondrina, precarizado y sin derechos laborales que deambula de un pueblo, provincia o región a otra en busca de sustento.

Al analizar la conformación del territorio nacional argentino Fermín Rodríguez (2010) en *Un desierto para la nación* señala la relación del espacio (el “desierto para la nación”) con los flujos del capital, es decir, el espacio integrado al capitalismo que vacía el territorio, lo lee como propiedad privada y controla los flujos que se dan en dicho espacio. Esta relación aparece en la novela con los trabajadores que se desplazan por el territorio de modos diversos. Por ejemplo, cuando ve a la madre de Tapioca, el mecánico piensa tratarse de una prostituta: “Ella tardó en empezar y él pensó que se trataría de una prostituta. Era bastante corriente que los camioneros de viajes largos llevaran mujeres así de un lado a otro y las aguantaran mientras ellas se hacían una changa. Tal vez después compartían el dinero” (Almada, 2012: 38). En el fragmento seleccionado se observan ocupaciones distintas, por un lado la de camionero, un transportador, especie de viajero profesional cuya labor es desplazarse por el espacio trasladando cargas: siguiendo y produciendo flujos de mercancías. Además, según Brauer es común que estos trabajadores se hagan acompañar de prostitutas, o sea, de trabajadoras sexuales que les prestan servicios durante el viaje. No se sabe cuál sería la “real actividad” de la madre de Tapioca, ya que la narración no excluye la posibilidad de que ella realmente se esté desempeñando como trabajadora sexual al acompañar al camionero, puesto que se trata de una situación “usual” en el universo de la narración.

Por otro lado, cuando le pide al mecánico que cuide al chico, además de revelar que Brauer es el padre de Tapioca, ella afirma lo siguiente: “Me voy para Rosario a buscar trabajo; con el chango es más difícil. Todavía no sé dónde voy a parar. No tengo con quién dejarlo” (Almada, 2012: 39). O sea, la madre de Tapioca es una mujer que migra en busca de trabajo, de lo que se infiere que no lo encuentra (o no lo hay) en el lugar donde vive, lo que la impulsa a desplazarse a otro sitio. Además, reconoce que el hecho de estar acompañada del hijo puede ser una dificultad adicional para lograr su objetivo. Con el paso de los años, su paradero se vuelve completamente desconocido, suerte que comparte con su hermano Perico, quien también migró, y desapareció, en busca de trabajo: “Hace años que no se sabe nada. Se fue para Santiago, a trabajar allá, y no volvió más.” (Almada, 2012: 40). Trabajadores golondrinas, trabajadoras sexuales, camioneros, trabajadores migrantes: mano de obra a servicio del capital y al margen de la protección estatal, precarizados y anónimos que, además de señalar un Estado ausente, que no regula las imposiciones del capital, hace posible que personas “desaparezcan”, con el peso que tiene dicho término en la cultura argentina.

También puede leerse al Reverendo en esta misma lógica, dado que el oficio religioso es su actividad profesional, lo que lo lleva a desplazarse constantemente y a vivir sin dirección fija. Ya a los veinte años, la iglesia le provee a Pearson y a su madre los recursos materiales necesarios para su sustento:

En esa época, él tenía veinte años y empezaba a ser reconocido. Ella ya no tenía que trabajar para pagar sus cuentas. Hacía unos años que había dejado Paraná y se habían instalado en Rosario donde la iglesia les daba casa y comida. Él era un joven pastor con un futuro promisorio (Almada, 2012: 86).

Luego, Pearson desde muy joven participa en el grupo de trabajadores precarizados que se desplaza según los flujos del capital; se considera su ocupación como una profesión u oficio, ya que pasible de retribución material, y teniendo en cuenta que a los 20 años el Reverendo ya era reconocido en su comunidad, se concluye que empezó a trabajar antes de cumplir dicha edad. Asimismo, como los demás, es mano de obra que se traslada a otras ciudades y pueblos para ejercer su oficio o buscar trabajo.

Según la percepción de la madre del Reverendo, la actividad laboral de su hijo no se diferencia de las demás carreras profesionales, puesto que, como otras actividades, se remunera por los servicios que ofrece, y posibilita al entonces joven sacerdote y a su familia “vivir dignamente”: “El realidad, sentía lo mismo que si su hijo hubiera sido médico o abogado. Actuaba como si simplemente le hubiese procurado una carrera universitaria, una profesión de la que él podría vivir dignamente” (Almada, 2012: 86-87). Por lo tanto, no resta dudas de que el oficio religioso se organiza como un trabajo y una carrera profesional en la narrativa de Almada. Además, pese a que la madre no crea en lo que dice su hijo, reconoce su habilidad:

Ella creía que él mentía, que su hijo era un gran mentiroso, que tenía un talento excepcional para la palabra y que gracias a eso ellos tenían techo y comida asegurados. | Aunque no era la única que pensaba eso. Sus superiores, hasta el predicador –pronto se dio cuenta–, también creían que habían dado con la gallina de los huevos de oro. Cada palabra que salía de su boca hacía tintinear una lluvia de monedas en las arcas del templo. (Almada, 2012: 87)

Si bien el Reverendo acredita píamente en lo que dice, su trabajo con la palabra y la religión participan en una lógica económica, pasible de cuantificación y retribución material. Los superiores lo ven como una “gallina de los huevos de oro”, es decir una mano de obra que se puede explotar y convertir en fuente de ganancia, un de negocio exitoso que se recompensa con “una lluvia de monedas”. El Reverendo entonces se presenta en la novela como un profesional exitoso, un gran orador cuyos sermones son performances ensayadas, como las de un actor o bailarín que sube al escenario con su coreografía previamente entrenada: “Se desliza hacia un costado: uno, dos, tres pasos, los índices hacia el frente, señala a todos y a ninguno. Vuelve al centro cuatro, cinco, seis. Siete, ocho, nueve, se desliza hacia el otro costado” (Almada 2012: 26). “ahora sus piernas se incorporan a la danza” (Almada, 2012: 28-29), “gira hacia el público” (Almada, 2012: 30) o sea, en esas citas puede verse, incluso, el conteo de pasos de una coreografía. Además, el hecho de haber abandonado la Iglesia en su forma institucionalizada, le asigna a Pearson la característica de disidente, pero también la de “emprendedor”, término puesto en boga por el discurso neoliberal que valora la iniciativa individual para los negocios, ya que empieza a desarrollar su actividad profesional por cuenta propia.

Por otro lado, el oficio de Pearson se acerca al del escritor de ficción, que domina la palabra y “miente” a los demás, ficcionaliza; no es menor que su “fuente de inspiración”, la fuente de su fe y de su plegaria, sea un libro, la palabra escrita de la Biblia. Además de ser el personaje de la narración que tiene mayor dominio de la palabra, es el único que posee libros, es decir anda “siempre metido en sus libros y sus papeles” (Almada, 2012: 16). La inserción de sermones del Reverendo , por veces al final de algunos capítulos, por veces en apartados completos de la novela, le da voz propia y cierta autonomía a ese personaje, una vez que su fuerza y éxito devienen de su oratoria, del uso que hace de la palabra, que aparece en su potencia máxima, bien como materia para transformar el presente: “*Juntos vamos a cambiar el mundo. Juntos vamos a hacer de la tierra un sitio más justo donde los últimos serán los primeros”*[[1]](#footnote-1)( Almada, 2012: 143). Vale decir que el reverendo no es único que narra, que hace relato, en la novela, también lo hace el mecánico, con la diferencia de no dedicarse a esa actividad profesionalmente. El vocabulario del Referendo es religioso, pero también bélico y en su lucha interminable contra el mal, Pearson viaja por el interior del país diseminando su fe. Como reverendo, su trabajo es convertir almas, conquistar corazones, mentes y territorios, y es incansable en su afán de reclutar cada vez más fieles. Para llevar a cabo dicha estrategia de conquista y dominio, el pastor elige territorios específicos, “[r]ara vez accede a trasladarse a las grandes ciudades. Prefiere el polvo de los caminos abandonados por vialidad nacional, la gente abandonada por los gobiernos, los alcohólicos recuperados que se han convertido” (Almada, 2012: 91). El Reverendo elige como audiencia de sus sermones-performances poblaciones alejadas de los centros (económicos, políticos), en situación de mayor vulnerabilidad y menos asistidas por el poder estatal. Pearson, bien como sus correligionarios, se autoproclama portador de la palabra de Cristo, su misionero, y se presenta en esas zonas como, además de mensajero, traductor: el que enuncia la palabra de su dios y la traduce a los que no la conocen, gesto que tiene eco en la literatura decimonónica[[2]](#footnote-2). En la narración de Almada, el Reverendo ocupa el rol traductor a servicio de la conquista de territorios (vaciados) para su dios, lo también lo convierte en un intermediario cuya presencia es ineludible entre fieles y dios.

Finalmente, en la narrativa de Almada puede verse trabajadores que comparten la condición precaria de sus vidas y actividades, que se desarrollan en el contexto del neoliberalismo que, además de destructor de mecanismos de solidaridad y protección social, configura nuevos sujetos, así como relaciones sociales y económicas modeladas por la precariedad en sus diversas manifestaciones. Tanto el mecánico como el reverendo son trabajadores que desarrollan sus actividades profesionales de forma individual, en el sentido de no estar vinculados formalmente a instituciones o empresas, lo que hace posible identificar a ambos personajes con la figura del emprendedor que se desarrolla en el capitalismo según una lógica económica y competitiva. Asimismo, la narración de Almada se desarrolla y sitúa sus personajes en lugares relativamente poco frecuentados en la literatura contemporánea, como el Chaco y Entre Ríos, en oposición a la abundancia de la producción sobre Buenos Aires, que sigue como centro hegemónico. En conclusión, su análisis a partir de las problemáticas del trabajo y la precariedad permite comprender nuevas zonas de la ficción latinoamericana que todavía no han sido suficientemente tematizadas y esos planteos contribuen para la profundización de la comprensión de la narrativa contemporánea de América latina, en particular de Argentina.

**BIBLIOGRAFÍA**

Almada, Selva. 2012. *El viento que arrasa*. Buenos Aires: Mardulce.

Lorey, Isabell. 2016. Estado de inseguridad. Gobernar la precariedad. Madrid: Traficantes de Sueños

Piglia, Ricardo. 1993. *La Argentina en pedazos*. *La Argentina en pedazos* (Editores d). Buenos Aires: Editores de la Urraca.

Rodríguez, Fermín. 2010. *Un desierto para la nación: La escritura del vacío*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.

1. Con cursiva en el original. [↑](#footnote-ref-1)
2. Ricardo Piglia en su análisis del Facundo de Sarmiento afirma que “los bárbaros son incapaces de descifrar esas palabras y se ven obligados a llamar a un traductor” (Piglia, 1993: 19), o sea, los miembros de la comisión enviados a descifrar lo escrito son incapaces de hacerlo por sí mismos. [↑](#footnote-ref-2)